

riodos. Director de la Facultad de Arquitectura durante ocho años y fundador de sus especialidades, maestría y doctorados; miembro de las comisiones dictaminadoras del profesorado en varios centros y facultades, y de los comités de becas de la UNAM. Ha dirigido más de un centenar de tesis de licenciatura y de posgrado en arquitectura y pedagogía y ha sido hábil expositor en más de doscientas conferencias en universidades y congresos en México y América Latina. Fue miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM siete años y es, honrosamente, profesor emérito desde 1985.

Siempre dijo ser “maestro improvisado” y, quizá por rutina, lo repite aún. Cuando el maestro sabe que nunca termina la formación del alumno, sabe también que nunca termina la suya propia. Frente al alumno, cada día, en cada lección, se improvisa, así la carga docente sea, ya, superior al medio siglo. Aguirre Cárdenas encontró su vocación docente por accidente y ni la vida profesional intensa ni las responsabilidades públicas engorrosas ni los altos y exigentes puestos universitarios han podido hacer que la abandone.

El lunes 11 de abril de 1955, sin mucho proponérselo, se encontró con la pedagogía. Al iniciarse la primera lección del Colegio de Pedagogía, el doctor Roberto Solís Quiroga, en su cátedra de Conocimiento de la infancia, cuando esperaba encontrarse con jóvenes preparatorianos, preguntó, azorado, a cada uno de los intrusos: “[...] siendo, ustedes, ya maestros ¿por qué están aquí? [...]”. En su turno, Jesús Aguirre Cárdenas contestó: “[...] porque quiero ordenar mi experiencia como maestro improvisado [...]”. Hoy, tendría que organizar su experiencia como encaminador de otros despistados hacia el quehacer de la enseñanza. Su tesis de maestría, *La formación del maestro universitario*, marcó de modo indeleble su vereda por la pedagogía. Su valor humano como servidor de la Universidad y como guía de sus alumnos es indudable. La pedagogía en la Universidad no nació huérfana, tuvo buenos maestros; ni huera, tuvo buenos discípulos.

Antonio Alatorre

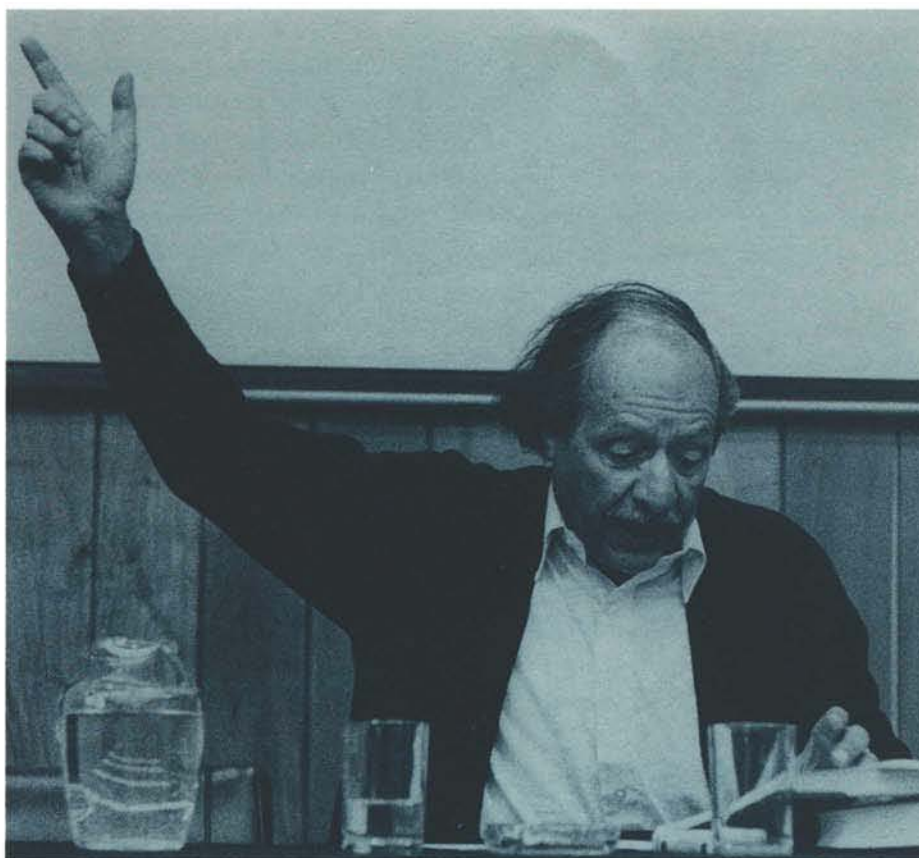
Hernán Lara Zavala

Antonio Alatorre tuvo fama, durante años, de ser un profesor enérgico, duro y riguroso. Por entonces impartía en la Facultad de Filosofía y Letras el curso de teoría literaria, que teníamos que tomar todos los

estudiantes de letras, tanto los de hispánicas como los de modernas. En sus clases había muchos alumnos y él los hacía temblar con sus preguntas sobre cultura general y sobre filología, pero más que nada por su reacción, siempre irónica, cuando no iracunda, ante las respuestas totalmente desatinadas de los estudiantes. Me parece recordar vagamente en esa época al maestro Alatorre caminando por los pasillos de la Facultad: siempre de traje oscuro, bien afeitado, con el cabello corto, de lentes, tan serio como el seminarista que una vez fue. Era también director de la *Nueva revista de filología hispánica* y del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios del Colegio de México. Discípulo de Alfonso Reyes, reconocido traductor del Fondo de Cultura Económica, conocedor del griego, el latín, el francés, el inglés y el italiano y, sobre todo, especialista en la literatura del Siglo de oro español, incluyendo, por supuesto, a sor Juana y a los autores mexicanos de la Colonia. En ese entonces no tomé clase con él, pero su prestigio y su rigor eran ya proverbiales entre los estudiantes.

Tuve la oportunidad de ser alumno de Antonio Alatorre hasta que entré al Colegio de México en 1975. Y al tomar clase con él recibí una gran sorpresa pues su curso desdecía todo lo que yo había oído: entre los rigores de la lingüística, la morfología, la sintaxis y las investigaciones literarias con las que se adornaba el COLMEX, Antonio Alatorre impartía el curso de análisis de textos con toda la holgura de un lector “virgen” que se hubiera propuesto desechar adrede toda teoría prefijada. Su nueva postura correspondía a todo un cambio en su visión del mundo. Había dejado de usar traje y corbata salvo cuando el caso lo ameritaba, se había dejado el bigote un poco a lo Zapata y una melena einsteniana que le iba muy bien con su fama de hombre sabio. A su ironía previa había añadido un constante sentido del humor que se reflejaba en sus ojillos maliciosos y en una sonrisa a flor de labios que nos hacía dudar si lo que los estudiantes decíamos le parecía simpático o simplemente demasiado elemental. Sin embargo, escuchaba con atención a todo lo que teníamos que opinar. Ante los comentarios de los alumnos daba una respuesta invariablemente escéptica pero con el anhelo de orientar al estudiante, aunque fuera de manera oblicua: “Bueno, lo que usted dice es como si [...]”, era la manera de iniciar su comentario. Su nueva actitud solía causar desconcierto entre los estudiantes, de quienes llegué a escuchar que se quejaban de su falta de método y rigor. Varios alumnos del Colegio no parecieron darse cuenta, al menos durante ese primer semestre, de que Alatorre venía totalmente de regreso.

Por razones personales abandoné El Colegio de México e ingresé en la maestría de Letras Hispánicas. Fue ahí realmente donde me beneficié de las enseñanzas de Antonio Alatorre. En el primer curso estudiamos las canciones primera y segunda de Garcilaso de la Vega y los



Antonio Alatorre, 1985.

sonetos de sor Juana. Durante ese semestre, Alatorre nos guió para leer a esos dos autores que conocía más que bien. Nunca hizo gala del aparato académico pero era muy quisquilloso con las alusiones mitológicas, con el paso de cada una de las palabras utilizadas por los poetas, con las diversas acepciones que la palabra ha tenido en el tiempo, y sobre todo con el sentido general que los poemas tenían en su época; a veces citaba a alguna autoridad, pero más por una empatía personal con algún estudioso que por el anhelo de justificar su comentario.

El segundo semestre del curso lo impartió en su casa. Creo que a propuesta de él mismo, el Seminario de literatura, que me parece que así se llamaba la materia, se hizo más libre y abierto y empezamos a leer un libro por semana, de acuerdo con el consenso del seminario. Leímos a fray Luis de León y a Quevedo y luego a Machado de Assis, a Quenau, a Bianco y quién sabe a cuántos escritores más, mexicanos contemporáneos incluidos. Alatorre nos dejaba hablar primero y luego hacía sus comentarios siempre balanceados y muchas veces subjetivos. De entonces había empezado a fraguar una lucha en contra del "lado científico de la literatura", léase sociología de la literatura, estructuralismo, formalismo, narratología o deconstrucción. En esencia, Alatorre se declaraba abiertamente enemigo de la "metodología", como lo externó por escrito en su discurso de ingreso a la Academia y

luego en varios artículos más en los que ha desafiado a los “científicos” a que rebatan su postura.

Cuando terminé la maestría recurrí a él para que dirigiera mi tesis sobre *Las novelas en el Quijote*. Por ese entonces él se encontraba muy ocupado escribiendo su libro *Los 1,001 años de la lengua española*. Ante mi insistencia aceptó echarle un vistazo condicionado a lo que yo había escrito, robándole tiempo a su tiempo. Le llevé el manuscrito. Una semana después me citó en su casa. “¿Me pediste ayuda para que fuera tu asesor o para corregirte la ortografía y las erratas?”, me dijo. El maestro riguroso y duro de aquellos años de la Facultad había revivido. Apenado, le contesté que para que fuera mi asesor. Me devolvió el manuscrito con sus observaciones en rojo. Había efectivamente una falta de ortografía, la palabra “vicisitudes”, que ya nunca olvidaré, además de algunas erratas. Lo demás eran comentarios y sugerencias. Me pidió que ampliara la bibliografía y sobre todo que incluyera a su maestro Marcel Bataillon. Así lo hice. Ya no quiso ver la tesis sino hasta el examen de grado. Cuando le pregunté si tenía inconveniente en estar con algún colega de la Facultad en el jurado sólo me contestó: “Hay algunos que me impacientan un poco pero no tengo objeción alguna”.

De Alatorre aprendí varias cosas además de la información y la recreación específica de las obras que estudié con él. La primera, la gran riqueza, maleabilidad y variedad de la lengua española vista a través de sus grandes autores. La segunda, que para escribir o traducir, Alatorre siempre ha definido el giro más natural en contra del rebuscamiento, lo seudoculto y lo afectado. Hay palabras, como “relevante”, que no utilizo jamás por la influencia de Alatorre, para dar uno de los tantos ejemplos a los que él alude cada vez que puede. En clase muchas veces nos ponía *toritos* de cómo traducir tal o cual frase o expresión al español. Alatorre siempre elegía la más sencilla, la más directa y la más cercana al habla cotidiana, pues su concepto de corrección gramatical es uno de las más tolerantes que conozco. Alatorre ha desechado de su persona y de su trabajo, tanto de crítico como de maestro, la pomposidad. Hay una tercera enseñanza que sin duda forma parte de su preceptiva. Aquella de que al leer uno no puede engañarse a sí mismo pues, según lo he oído afirmar, aquello que uno siente a través de una lectura nunca puede ser del todo falso. No es que Alatorre defiende el “arte sincero”, ni le pide a sus alumnos que se queden en esa etapa de la primera impresión. Alatorre se da cuenta obviamente que todo arte es artificio, pero ha elegido acercarse a los libros desde esa aparente sencillez y naturalidad luego de haber recorrido los textos más intrincados de la literatura.